

NO EN TODOS LOS AVIONES, VIAJAN AZAFATAS.

Mirada Crítica de Someday a Child.

Un muro rugoso gris deja ver a un hombre que podría estar derrotado, que mira hacia el infinito con preocupación o simple síndrome de náufrago, al abrirse el plano ya no está solo está su sombra con él y los ruidos desde el cielo que provienen no de eructos de los dioses del olimpo sino de aviones que podrían ser bombarderos de guerra que quieren escupir tragedias, nos advierten que los hombres contemporáneos no pueden estar tranquilos. Los créditos se escriben en el asfalto, la potente fotografía hace su presentación. Ahora un niño sale de dentro de la tierra como si estuviera viviendo en la novela de Julio Verne "Viaje al Centro de la Tierra", el niño canta y de nuevo los aviones rompen el cielo amenazantes.

Ya no es un niño ahora son tres proyectos de víctimas en Kobayat un pueblo de Akkar en el Líbano donde viven maronitas sirio-libaneses cada vez más amenazados por los nuevos "salteadores de caminos" comandados por un monstruo iracundo ahito de poder tramposo y ladrón profesional. Ahora el niño baja unas escaleras en un plano bello y sutil dividido entre la luz y las tinieblas.

Someday a Child (Yawan ma Walad en árabe) de Marie-Rose Osta, es un cortometraje para aguantar la respiración, se toma su tiempo en contar su relato, está cercano a la contemplación que tan bien nos enseñó Tarkovski y la luz del director de fotografía y consultor artístico Sokol Keraj, se toma las planos en forma envolvente, creando atmósferas que van desde la plenitud del paso del tiempo a la abulia que parece proceder de un garciamarquiano coronel que "no tiene quien le escriba" o el tío (personificado por el actor Antoine Daher) que deambula como un fantasma y le muestra a su sobrino (personificado por el actor Khalid Hassan) la diferencia entre los sueños y la realidad. Los objetos, las paredes, los pisos, van construyendo la arquitectura del relato, como contenedores de la vida de estos personajes antagónicos en un niño curioso y con poderes y un anciano que espera la muerte como a un cometa celeste y sin embargo

son cómplices de dibujar el sol como un cuadrado en un cielo inventado.

Los planos y la luz que van tomando el relato como su "campo de batalla" se van sucediendo con delicadeza y composición pictórica, donde uno puede reconocer desde Vermeer hasta Caravaggio pasando por una claridad que podría ser un Hopper en acrílico, más brillante de lo usual. El plano de las rocas hace ver al niño protagonista bajo el peso de la realidad y de su destino incierto y nos empuja como espectadores a pensar en tantas vidas segadas en esa parte del mundo que ahora mismo continúa en un inminente peligro de guerra y conflictos que arrasan seres humanos tan vulnerables como el niño protagonista que no tiene más escudos que su imaginación y sus poderes para prevenir un futuro que se antoja de colores ocre y nos tapa los ojos de imaginarnos su futuro.

Y los aviones regresan como oscuras premoniciones de un Nostradamus resucitado con leyendas negras y noches de almas insomnes y el niño los vuelve a ver el sonido se interrumpe y nos deja llenos de preguntas y acertijos sobre las infancias que caminan al filo de los desfiladeros, nos queda en el negro final un sabor a incertidumbre a no-futuro, a alegato sobre las infancias en peligro de estallar como nuestro criollo "Ricaurte en San mateo". Aquí no serán "átomos volando" sino niños que al despertar podrían entrar en otro sueño con poderes o no, que los lleven a estar envueltos en una tela blanca mientras sus familiares los llevan en andas hacia el abismo de Dante o de las almas sin nombre.

Someday a Child (Algún día un Niño) es una pequeña joya de orfebrería desde el guion hasta su planteamiento cinematográfico lleno de belleza, nostalgia y como diría Poncho Ospina "desazón Suprema".